

obediencia (á cuyas ordenaciones jamás replicaba), se conoció en él un perfectísimo deseo de alabar, bendecir y agradar á Dios. Fué hombre de gran corazón y ánimo para las dificultades mayores, y en ellas parece que se excedía á sí mismo; y se supo de este siervo de Dios, que navegando en ocasiones de tormentas deshechas, él sólo era el que ponía ánimo á todos los demás; y en cierta ocasión libró, por intercesión é invocación de la Virgen Nuestra Señora, un navío, y los que en él iban, de un claro y manifiesto peligro; echábase de ver su grande caridad que siempre anda acompañada de las demás virtudes, en que para con los enfermos era médico; para con los miserables consuelo; para con los ignorantes y rudos, maestro de los misterios de la fe; demás de esto, fué este siervo en extremo humilde, pacientísimo, de grande luz y conocimiento de cosas de Dios, entre los religiosos de su tiempo de muy alta oración y continuo trato con la divina Majestad. Porque se sabía de él, que ni en ocupaciones domésticas ni fuera de casa, ni en cosas graves y de importancia, en veintidós años antes que muriese, nunca faltó á la presencia de Dios; asistiendo siempre á su divina Majestad como hijo regalado delante de su Padre y Señor. De donde se seguía, que en cualquier ocasión le hallaban del mismo temple, siempre devoto, siempre fervoroso, siempre fácil en alabar á Dios en sus criaturas. Porque en todas estas traía estudio y ejercicio continuo de reconocer y alabar á su Criador.

De esta unión y composición de entendimiento con que andaba como transportado en Dios, resultaba en él un fogosísimo amor que redundaba del corazón y afecto en las palabras, con las cuales repetía cada momento: «sea amado Dios, sea Dios glorificado, ¡oh si amásemos á Dios y nunca más le ofendiésemos!» Este amor deseaba él plantar en todos aquellos con quienes trataba, y en cualquier negocio que entre manos traía, luego buscaba por fin y blanco, á Dios, y el agrado de su divina voluntad.

A este amor de Dios se juntaba, el que es tan uno con él, como es el del prójimo, del cual dijo el discípulo amado, como refiere San Jerónimo: *Si hoc fiat sufficit*, tan fervoroso fué en el Hermano Alonso Pérez ese amor del prójimo, tan encomendado de Cristo y de sus sagrados Apóstoles, que aunque fuese con gran trabajo y riesgo de su salud (siendo como era de más de 70 años), para que él se animase á cualquier trabajo, por excesivo que fuese, bastaba que se le pusiese delante haber de ser la tal obra ocasión para gloria de Dios ó bien del prójimo; y de aquí se siguió que de un trabajo que tomó bien grande por librar á un pobre de la muerte, se le ocasionó la última enfermedad que le duró muchos meses, y él llevó con grande paciencia y conformidad con la divina bondad, nunca faltando en medio de excesivos dolores, ocasionados de una calentura maligna, en su perpetua y ferviente oración. No gustaba de que le visitasen, porque no le impidiesen su trato y comunicación con Dios, y aunque tan bien aparejado, daba por consejo que no dejasen la preparación para aquella hora, si no querían hallarse burlados; y así dejó grandes esperanzas este vigilante siervo de Dios de que no lo quedó él, sino que á manos llenas fué á gozar de los frutos de su continua mortificación y oración á la gloria, año de 1652, de que deseábamos ser participantes los que acá quedamos. Por lo que sumariamente dejamos dicho de este siervo fervoroso, se echa bien de ver lo que al principio dijimos de cuán bien se

le pegaron las virtudes del devotísimo Hermano Villarreal, y cuán bien se lograron en él los heroicos ejemplos de virtudes que dejó en nuestra provincia de Nueva España, á la cual desde sus principios ha favorecido Dios Nuestro Señor con tan señalados sujetos; su Majestad sea alabado por tan grandes misericordias.

## CAPITULO X.

VIDAS MUY EJEMPLARES DE DOS HERMANOS NUESTROS

COADJUTORES DE LOS MÁS ANTIGUOS

DE LA PROVINCIA DE NUEVA ESPAÑA, LLAMADOS TEÓFILO CHIOTI  
Y FRANCISCO SIMÓN. AÑO DE 1594.

El muy religioso Hermano Teófilo Chioti, vino de la Provincia Romana á la nuestra de Nueva España, poco después de fundada; vivió en nuestro Colegio de México diez años; probóle Nuestro Señor en su llegada con una enfermedad que le duró toda la vida, pero él era tan animoso y mortificado, que no por eso dejaba de trabajar con mucho fruto y aprovechamiento de los prójimos: los cuales, por tenerle en opinión de hombre de rara santidad y trato con Nuestro Señor, acudían á él á pedirle consejo y dirección; y muchos quedaban admirados, y no menos convencidos, á tratar de su virtud, según era grande la fuerza del espíritu con que les hablaba; de tal suerte, que muchos juzgaron les había leído los corazones, y dicho lo que por sus almas pasaba, y que sólo Dios y ellos sabían; con lo cual hizo mudar á muchos la vida de mala en mejor, y de seglar en religiosa á otros muchos; la cual fuerza de espíritu reconocían no solamente nuestros estudiantes y novicios, mas los de mayor virtud y letras de nuestra Religión, y no menos otros personajes de grande autoridad y prudencia que le venían á pedir consejo. A muchos apartó de amancebamientos de largos años, y entre otros que no se quisieron enmendar fué un eclesiástico con quien anduvo el Hermano Chioti mucho tiempo sin fruto. Amenazóle que si no se enmendaba, y volvía más al vómito de sus torpezas, sobre que tantas veces le había dado palabra de la enmienda, le aseguraba que á él y á la persona cómplice de sus maldades se los había de llevar el demonio al Infierno, en la primera ocasión que volviese á reincidir en su torpe deleite. Sucedió así, que volviendo el desventurado á reincidir, y habiéndose retirado á un aposento secreto, se cayó, y les cogió, sin remedio de más consejo y confesión, en la misma ocasión de su torpe deleite. De otros casos milagrosos y proféticos cumplidos al tiempo, y cuando él los dijo, se pudiera hacer aquí mención, pero se dejaron por vivir las personas á quienes tocaban. Uno sólo diré de un sujeto que andaba rehusando ser de la Compañía y pensando excusarse con cierto voto fingido, el cual él á ninguna persona había declarado. Encontrándole un día el Hermano Teófilo, se llegó á él y le dijo: «Para qué anda así en ficciones con Dios, bien sé lo que ha-

beis hecho; pero en fin, sereis de la Compañía si os quereis salvar; y si no, mirad que corre riesgo vuestra salvación;» y añadióle algunas particularidades y circunstancias tan claras de haberle revelado Dios sus pensamientos, que se resolvió hacer unos ejercicios y después de ellos entrar en la Compañía, en la cual perseveró con buen ejemplo y edificación. Murió el Hermano Teófilo el año de 1594, dejando grande olor de sus virtudes y mortificación de que él cuidaba mucho, y por eso se le comunicaba tanto Dios Nuestro Señor. Sintió su muerte con particularidad el Excelentísimo Sr. D. Luis de Velasco, virrey de la Nueva España; y dijo: quisiera se le hubiese dado parte de su muerte y entierro para hallarse en él, y recibió con mucho gusto el rosario en que nuestro buen Hermano rezaba, estimándolo por reliquia. Porque de esta manera sabe el Señor ser glorioso en sus humildes siervos, honrándolos en la Tierra venerando sus virtudes.

No fué de menor edificación la vida del Hermano Francisco Simón, que murió el año de 1596. Religioso, en lo natural tan modesto y apacible, que llevaba tras sí los ojos de todos; y en lo sobrenatural tan enseñado de Nuestro Señor, y tan aventajado en las virtudes sólidas y ejercicios de devoción, que pudiera hacerse larga historia de los dones de gracia que resplandecían en él, si no atendiéramos á la brevedad conveniente. Porque cuanto á lo primero era este siervo de Dios mortificado, y su continuo ejercicio era vencerse en todas cosas grandes y pequeñas; y en los de la santa obediencia jamás se le sintió una mínima contradicción. En la pobreza era extremado, no sólo cuanto al afecto mas cuanto al ejercicio, de suerte que en su aposento ni aun tenia silla, ni mesa, ni se pudo acabar con él se pusiese un vestido nuevo, porque su gusto era andar roto y remendado; la castidad era en él eminente y la traía escrita en los ojos y en la frente; porque su modestia componía á los más sueltos seglares; y tenía tanto horror á palabras menos limpias, que si leyendó encontraba alguna en algo ofensiva en parte, no podía en ninguna manera continuar la lectura; y atribuyendo esto á escrúpulo ó antojo, probó algunas veces á hacerse fuerza; pero era tan grande la reprehensión que sentía dentro de sí, que le era forzoso dejarlo; pareciendo que le decían interiormente que la boca y labios con que se habían de pronunciar los dulcísimos nombres de Jesús y María, no se habían de abatir á la pronunciación de palabras viles. De aquí le nacia el sentir tanta dulzura, al nombrar hasta la hora de la muerte estos dulcísimos nombres, que apenas se le oyó en medio de dolores excesivos que padecía, otra palabra.

Demás de esto, resplandeció en el celo de las almas, según su estado; ayudábalas con ejemplo, palabras y consejos, los cuales como salían de espíritu tan lleno de Dios, se les imprimían con notables provechos; de que se pudieran referir algunos señalados ejemplos, si no pretendiéramos brevedad. Lo cierto fué, que no sabía hablar el buen Hermano sino de Dios; y siendo en las demás cosas sencillo, en ésta sólo se mostraba maestro, así con los extraños como en casa, y en la plaza cuando se le ofrecía ocasión que lo pidiese, guardando él en lo demás admirable silencio. Fué este siervo de Nuestro Señor natural de Ciudad-Rodrigo: murió de 37 años de edad y 6 de Compañía el año de 1596, habiéndole dicho pocos días antes (dando al Superior cuenta de su conciencia) que aunque era verdad que él se sentía bueno de salud, pero que le parecía que le daba Dios á sentir que había de

vivir poco; y de hecho fué así, porque dentro de pocos días se lo llevó su Majestad con una arrebatada enfermedad: pero con todos los Sacramentos, dejando muchas esperanzas en la divina bondad que goza el premio de sus religiosas y fervorosas virtudes.

## CAPITULO XI.

VIDA Y DICHOSA MUERTE DEL MUY RELIGIOSO HERMANO  
ALONSO LÓPEZ,  
LLAMADO POR OTRO NOMBRE MAESE ALONSO. AÑO DE 1596.

El mismo año que se llevó Nuestro Señor los dos Hermanos pasados, murió también, en nuestro Colegio de México, otro ejemplarísimo Hermano nuestro llamado Alonso López, y en el siglo su nombre (muy célebre) Maese Alonso. Fué natural de los Hinesos, Obispado de Ouenca. Pasó á la Nueva España, donde fué casado, y habiendo enviado y dejado puestos en estado de Religión dos hijos y una hija que tuvo, por la grande instancia que hizo fué recibido por Coadjutor temporal en la Compañía de Jesús. Aunque había sido de estado llano y ordinario, fué estimado por persona de grande ánimo y pecho para cosas grandes; por haber salido con algunas de que, personas de mucha autoridad, se pudieran preciar y aun desvanecer de haberlas conseguido. La primera, fué ayudar y solicitar la fundación de un convento de monjas de los principales de la ciudad de México; y la segunda, ayudar con su industria, hacienda y gruesas limosnas (que para esto recogió), para la casa de los desamparados indios. La fundación de un hospital donde él asistió con sumo celo, caridad y misericordia, que resplandeció en él para con los pobres, á los cuales acudió toda su vida; pero en especial por tiempo de doce años, antes que se recogiera á nuestra Compañía; haciendo de noche y de día oficio de médico, cirujano y enfermero, con maravilloso acierto en sus curas. Porque aunque en romance y de práctica de muchos años, tomada por amor de Dios, le hizo su Majestad tan diestro en curar todo género de dolencias que médicos muy antiguos se aconsejaban con él, y aun le fiaban su salud, antes que á otros graduados en esas facultades. Y así alcanzó el nombre de Maese Alonso, que le dieron en el siglo. Era de entendimiento claro y sencillo, de gran conocimiento de medicamentos simples, y no menos de enfermedades ordinarias y extraordinarias, sobre que compuso un libro que ha sido de grande utilidad en todo este reino, y en particular en puertos y estancias, y pueblos donde no se halla médico.

Después de haber entrado en la Compañía, juntamente con el oficio que de ordinario hacía de portero no cesó de hacer bien á los que de él se querían valer, curándolos con tanta facilidad, que creyeron tener sobrenatural gracia de sanidad. Y por lo menos, lo cierto fué, que según las curas maravillosas que hizo, concurría la divina Majestad con su particular favor y acierto con que las curaba. Vino á pedir la

Compañía, ya hombre de mayor edad, y con tan singular fervor, que habiendo hecho los escritos y diligencias que nuestro Santo Padre Ignacio pide, y pareciéndole se tardaban en recibirlo, se cortó la barba que solía traer muy crecida y venerable, para obligar con esto á los superiores á que no reparasen en su edad, y creyesen ser firme y sólida la vocación que le traía á la Compañía. Recibido en ella, fué cosa de grande estima y edificación verle tan rendido á la obediencia, con tanta simplicidad y docilidad, como si fuera un niño. De lo cual hicieron experiencias los superiores en extremo dificultosas, tan sin reparar el humilde viejo en obedecer, como si en su vida no hubiera tenido oficio de gobernar ni mandar á otros. Y aunque comunmente andaba al paso de todos en la Religión; pero en lo que fué más singular, fué en la aspereza y mortificación de su cuerpo; porque todos los doce años que en la Compañía vivió, y algunos antes, nunca se acostaba en cama, sino sobre una tabla; añadiendo á esto los cilicios y disciplinas cotidianas, sin aflojar de su fervor en edad tan adelantada y anciana. Pero aunque para consigo era tan riguroso, mas con todos los Hermanos y prójimos su trato era tan apacible y compasivo, que parecía ángel en la condición. Fué por extremo aficionado á nuestro Instituto á que Dios le había llamado, y esto lo manifestaba en lo que solía decir: «que creía que desde nuestro Padre San Ignacio no había habido hombre en la Compañía tan contento en su estado, como él lo estaba. Teníase por indigno aun de la profesión de Coadjutor temporal, y cuando se la mandaron hacer no podía contener las lágrimas, llenas de devoción y agradecimiento á Nuestro Señor, que tan singular merced le había hecho, y á la Compañía que no se desdeñaba de incorporarle consigo. Finalmente, su muerte fué llena de devoción y de paz como lo había sido su vida, sin ofrecérsele cosa que le diese pena: en ella mostró tan heroica su obediencia, sujeción y rendimiento, que no obstante que conoció por la experiencia que de semejantes enfermedades y la cura de ellas tenía, que la suya iba errada, y que una sangría que el médico le ordenaba le había de acelerar la muerte, con todo, fué sujeto á la ordenación del médico que le curaba, conformándose con la regla de la obediencia, sin rehusar remedio alguno, sabiendo que algunos eran, á la calidad de su enfermedad, contrarios. Y así contaba por horas el tiempo que le restaba de vida, con tanta puntualidad, que los que le asistieron á la cabecera dijeron no haber errado un Credo del punto en que él dijo había de espirar. Y aprovechóse tan bien de esta ocasión y tiempo, y murió con tanto fervor y devoción de espíritu, que juzgaron los que asistieron que le correspondieron premios colmados de gloria á sus aventajados trabajos y ejemplos de virtud. Halláronse en su entierro muchos Religiosos de Santo Domingo, San Agustín y San Francisco; y uno de sus hijos, que á la sazón leía Teología, de la Orden de San Agustín en el Colegio de San Pablo, hizo el oficio de difuntos con no menos ternura que edificación de los presentes. Estas fueron las muy señaladas virtudes del Hermano Maese Alonso, Coadjutor temporal de nuestra Compañía, que murió habiéndonos dejado en ella, para imitar, grandes ejemplos de religiosa obediencia. Murió de 72 años de edad: los 12 en la Compañía, y los 6 de ellos de Coadjutor temporal formado. Está enterrado en nuestro Colegio de México.

## CAPITULO XII.

DE LA VIRTUOSA VIDA Y DICHOSA MUERTE  
DEL HERMANO JUAN JURADO, RECIBIDO EN LA COMPAÑÍA  
Á LA HORA DE LA MUERTE.

Aunque este bendito Hermano fué por muy breve tiempo de la Religión de la Compañía de Jesús, pues pocas horas antes de su fallecimiento fué recibido en ella: pero por haberle durado el deseo de verse Religioso de ella, sirviéndola de noche y de día, como el Santo Patriarca Jacob, por su querida Raquel, habiendo sido en él tan eficaces los deseos de ajustarse al Instituto y reglas de nuestra Religión. que sin ser de ella vivía con singular ejemplo de toda virtud. Por todas estas razones, y finalmente, por haber sido recibido en ella á la hora de su dichosa muerte, como en vida lo había deseado, me hallo obligado á escribir la muy ejemplar vida de este siervo de Dios, entre las de los muy fervorosos Hermanos nuestros y Religiosos hijos de esta Provincia.

Vivió en estado de casado muchos años Juan Jurado, y fué tenido siempre en mucha reputación por su gran bondad, verdad y entereza de costumbres; y después de viudo, habiendo puesto á sus hijos en estado, y entrado uno de ellos en la Compañía, determinó seguirle; pero por parecer que era muy viejo, no queriéndole los Superiores recibir por Hermano Coadjutor temporal, se ofreció á servir toda su vida en la Compañía en lo que ella le quisiese ocupar; habiéndole, pues, puesto en una hacienda de campo, llamada Jesús del Monte, del Colegio de México. Leyendo aquí la vida de nuestro Padre San Ignacio, se le estampó de tal manera, y el modo é instituto de la Compañía, que se determinó de veras á nunca salir de ella, é imitar en cuanto pudiese á nuestro Santo Padre, siendo cosa que causaba admiración ver su fervor y aprecio que tenía de la Compañía, de su instituto y modo de vivir. A pocos días, viendo su ánimo de servir á Dios en los oficios más bajos que le quisiesen ocupar, le dió el P. Diego de Avellaneda (Visitador que fué de esta Provincia) patente para que, viviendo en la Compañía, le enterrasen en ella, y fuese recibido en su última enfermedad. Pusiéronle de ahí en algunos días en otra hacienda, llamada Santa Lucía, donde trabajó de manera que dos españoles con buen salario no suplían lo que él solo hacía; y lo que más en él se notaba, era que siempre se había con tanta edificación, que á todos los que le veían causaba espanto. Porque con ser un hombre de muy buen entendimiento y juicio, y estimado de todos, prontamente acudía á los oficios más bajos y en todo servía como un criado de los más desechados de la Compañía, con tanta paciencia y sufrimiento en muchas graves ocasiones (que de ordinario se le ofrecían) que á todos daba que imitar. Porque nunca, ni á indios ni á otras personas supo decir mala palabra, ni por mal tratamiento que le hiciesen quejarse, ni huía, con ser tan viejo, de cosa que fuese de trabajo; siendo en esto tan solícito, que de ordinario se levantaba antes de amanecer, y volvía á casa de noche por estar la labor que tenía á su cargo, media

legua de la estancia donde había de volver. Y lo que levantaba de punto estas obras de un hombre que todavía era seglar y no religioso obligado á buscar la perfección, era que cuanto hacía, lo ofrecía á mayor gloria de Dios y bien de la Compañía de Jesús; quedándosele este blasón desde que leyó la vida de nuestro Padre San Ignacio; y así en todas las cosas esto tenía por blasón, y no repetía otra cosa, cuando hablaba ó le preguntaban: «que la mayor gloria de Dios por quien hacía todas las cosas que se le encargaban.» Tanto como esto se le imprimió el blasón de nuestro Santo Padre que le ayudó muchas veces por este buen fin que ponía á sus obras y acciones, como pareció por algunos sucesos que se dirán aquí. Levantándose una vez muy temprano á llamar á unos indios de un pueblo cercano, y llegando á él antes de amanecer, le salió un perro de entre unas matas, y cogiendo del hocico al caballo le alborotó de suerte que derribó al buen viejo de la silla, quedándole asido el pie de un estribo sin poderle sacar, á cuya causa el caballo le llevaba arrastrando; encomendóse aquí muy de veras á Nuestro Señor y á nuestro Santo Padre Ignacio y á sus devotos; y de improviso, como si un cuchillo hubiera cortado la bota del pie, se quedó la mitad en el estribo hallándose libre en el suelo sin lesión alguna. Muchas noches tempestuosas y oscuras, habiéndose alejado de casa á procurar cosas que eran necesarias de la hacienda con encomendarse á sus devotos se dejaba llevar del caballo, y él, como llevado de un ángel, le traía á casa por pasos muy peligrosos, de una ciénega que rodeaba la casa de la estancia, siendo así que la ciénega es tal, que con buen tiempo, y buscando camino, apenas se podía caminar por ella. Y contaba esto muy á menudo el santo viejo como un singular favor de Nuestro Señor (como lo era). Fué tan observante de las reglas y ordenaciones de la Compañía como si fuera uno de ella, de suerte que sabiendo que se había mandado en aquel tiempo que ninguno de casa bebiese chocolate, él se lo quitó á sí con tanto rigor, que no teniendo apenas otro sustento, y declarándole cómo no le obligaba á él aquel mandato, decía: «que pues á los de la Compañía se le había quitado, que no lo había él de beber en toda su vida,» como lo cumplió; que fué tanto como privarse en Europa de beber vino un viejo de 70 años. Porque de ordinario en la Nueva España sirve de vino la bebida del chocolate; y con todo, el mortificado viejo se privó de él por todo el resto de su vida. Era tan abstigente en el comer, que todo el día se pasaba con unas tortillas de maíz que de casa llevaba consigo por las mañanas, y dando orden los Superiores que llevase más comida, él la guardaba para los indios, con quienes era muy caritativo; socorriéndolos en sus enfermedades y dándoles de lo que él tenía para su sustento. Si estando segando sucedía á algún indio herirse ó lastimarse, él era el cirujano y con grande caridad lo curaba; y en sus días últimos, lo que le daba cuidado, era que quién curaría á los que cayesen enfermos. Y así, todos los indios de los pueblos comarcanos lo miraban como á padre y lo honraban como á santo, de suerte que con ser ellos tan enemigos del trabajo, en llamándolos el viejo ninguno se le excusaba de venir á su llamado; y cuando faltaban indios las mujeres se ofrecían para segar, limpiar y escardar el trigo. Pero guardaba tan gran recato con ellas, que nunca consintió se mezclasen los hombres donde ellas trabajaban, ni que se dijese palabras menos modestas y limpias.

El que tanto cuidado tenía de los otros, no se olvidaba de sí mismo, pues por espacio de 18 años que sirvió en la Compañía siempre comulgó cada ocho días, como en ella acostumbraban los Hermanos, y en las demás fiestas que los de casa comulgaban, gastando semejantes días en oración mental y vocal y lección espiritual, sin mezclar otra cosa ni divertirse á otras ocupaciones que no fuesen de obediencia. Pasado este tiempo, le aquejaron muchos achaques de viejos que no era posible disimularlos ni trabajar con ellos, y así se hubo de venir al Colegio de México para prepararse á bien morir; como lo hizo, donde estuvo casi un año, empleando todo el día y buena parte de la noche en ejercicios santos de oración, teniendo muy tiernos coloquios con su devoto, nuestro Padre San Ignacio, y bañado en lágrimas, en especial con la memoria de la Pasión de Cristo Nuestro Señor, de quien fué muy devoto. Y lo que más en esto espantaba, era que con ser tan viejo que no se podía tener en pie, y el andar era arrimado á un báculo y dando vaivenes; con todo, mucha parte del día se estaba en oración de rodillas, fijo y sin arrimarse, y oyendo misas ya en la capilla ya en la iglesia; y tres días antes de morir le advirtieron que se estuvo casi una hora de rodillas y en ella; y fué caso que se notó, de no poca admiración, que después de muerto, buscándole lugar donde enterrarle, y habiéndole seabierto dos ó tres partes; finalmente, sin advertirlo, se vino á abrir la sepultura en el lugar donde él estando vivo solía estar de rodillas de ordinario. En este tiempo eran más frecuentes sus confesiones y comuniones, y apenas hallaban sus confesores materia de absolución, si no eran materias pasadas; pero el que tanto cuidaba de no ofender á Nuestro Señor, aunque fuese levemente, llegaba con tanto arrepentimiento y lágrimas á confesarse, como si fuera el mayor pecador del mundo. En sus últimos achaques fué muy singular la paciencia que tuvo, respondiendo siempre que estaba mejor que él merecía, y diciendo que procuraba con muy grandes veras tener la virtud de la paciencia, y que esa era la que le importaba para que aquellos trabajos valiesen para el Cielo; y concluía que fuese para mayor gloria de Nuestro Señor todo cuanto padecía, y con efecto lo refería el que con haber hecho muchas cosas en aumento de la hacienda de Santa Lucía que estaba á su cargo, nunca se daba á sí punta de gloria ni aun hacía mención de lo que había hecho y trabajado muchas veces; se ponía á hablar con este siervo de Dios, aunque estaba tan sordo y tan viejo, el venerable P. Francisco Ramírez, y decía que jamás dejó de causarle admiración y confusión con sus pláticas; tanto que le parecía se le quitaba el deseo que podía tener de haber visto alguno de aquellos santos padres antiguos Abraham, Isaac y Jacob, pareciéndole que los veía en este santo viejo, y que no había visto cosa que más á lo natural se los representase, dejándole siempre admirado su santidad y prudencia, y la gracia con que hablaba de Nuestro Señor, un labrador del campo.

A los que le servían ó hacían algún bien, era agradecidísimo, de suerte que á sus solas le oían hablar de esto, diciendo cuán justo era ser agradecidos, y rezaba alguna cosa por los que le habían servido, y cuando los veía les mostraba con extremo este agradecimiento. Pidiéndole el Padre Rector que lo encomendase á Dios, respondió: «pues hábame de olvidar de quien tanto bien me hace? ¿ni de los Superiores de la Compañía que tanto valen y sirven? Siempre los encomiendo

á Dios y pido les enseñe á hacer lo que más convenga á la gloria de Dios y bien de la Compañía.» Habiéndose llevado Nuestro Señor á un Hermano llamado Bartolomé Santos, con quien había concurrido mucho tiempo en la estancia, le creció más el deseo de morir; y amorosamente se quejaba á Nuestro Señor diciendo: «¿Cómo, señor, que llevásteis tan presto á un santo como aquel que podía trabajar tanto, y habeis dejado á este pecador y viejo inútil que no sirve de nada? Estando en esta sazón, le acometió un día por la mañana un recio dolor de estómago, y luego llamó quien le confesase: y entrándole á ver el P. Rector, y preguntándole si quería que le diesen el Santísimo Sacramento, respondió: que fuese con mucha prisa, que ya se tardaba. Recibióle con tan grande devoción y ternura, que la ponía á los de casa que estaban presentes. Poco después preguntó él al P. Rector, si le habían de enterrar con el hábito de la Compañía, y que por qué no le recibían en ella? Y juzgando el Padre Provincial con los demás Padres era digno de ser admitido, así por su santidad como por lo mucho que había servido en ella, y por la parte que tenía del Padre Visitador Diego de Avellaneda, le recibieron dándole una ropa y abrazándole con grande amor los nuestros, y no quedando él con menor consuelo de su alma. Pasó aquel día con muy recios dolores y una gran calentura que le sobrevino, no cesando en este interín de alabar á Nuestro Señor y rezar sus devociones; y viendo que se quejaba, y que debían ser grandes sus dolores porque no solía quejarse tanto otras veces, le dijo el Superior: «mucho dolor debe de padecer, pues se queja el Hermano que andaba muy atento á no faltar á la virtud de la paciencia;» preguntó si podía quejarse, y con decirle los que estaban delante que sí, él por concebir de lo que le habían dicho que no, era de tanta perfección, apenas se quejó más. Aunque el Padre Rector dijo en secreto, que sólo Dios sabía cuán recios dolores padecía en todo el cuerpo, y bien se echó de ver cuáles eran, pues en menos de veinticuatro horas le acabaron, estando antes recio y con gran vigor, y él los sufría sin hacer más demostración que preparar un poco los labios cuando más le afligían, y esto guardó siempre, porque nunca dejaba cosa que él entendiese ser de mayor perfección que no la procurase. Aquella noche le olearon, aunque por el recio pulso le pareció al médico duraría más tiempo. Pero él se previno toda ella rezando sus devociones, y en coloquios tiernos con Nuestro Señor y la Virgen y nuestro Santo Padre Ignacio. Fué faltando el pulso, aunque no el juicio y demás sentidos, hasta que, juntos los de casa, se quedó con gran sosiego, dando su alma á Dios y quedando su rostro más apacible que cuando era vivo: enterráronle aquella tarde con la mayor solemnidad que se pudo, juntos todos los del Colegio y Casa Profesa, que así quiso honrar Nuestro Señor á quien tanto se había despreciado en vida: cosa que no fué de menor edificación por ser el santo viejo tan humilde. Y aunque se juzgaba que se había ido derecho al Cielo, con todo, se le hicieron en esta Provincia los sufragios acostumbrados como Hermano nuestro de la Compañía, donde fué admitido y tanto ayudó con sus santos trabajos y ejemplos antes y después de ser Religioso de ella. Murió el año de 1610, á 11 de Septiembre, teniendo de edad 84 años cumplidos, y está enterrado en nuestro Colegio de México.

## CAPITULO XIII.

MUY EJEMPLARES VIRTUDES  
DEL HERMANO JUAN LÓPEZ DE ARVAISA. AÑO DE 1612.

Fué este siervo de Dios natural de la villa de Durango, en Vizcaya; el cual, habiendo sido recibido en la Provincia de Castilla por Coadjutor temporal de la Compañía, en ella vivió y sirvió á Nuestro Señor con grande ejemplo de virtud por tiempo de 38 años; y los 24 de ellos en nuestra Provincia de Nueva España, ayudándola en las más principales obras y fábricas de sus edificios é iglesias. Porque su ocupación fué de maestro de obras, con grande inteligencia y acierto en la arquitectura, aunque para otros muchos ministerios tenía tan grande traza é industria, como si todos los profesara de propio oficio, con no menos admiración de los de fuera que estimación de los nuestros, que juzgaban ser este dón gratuito de Dios Nuestro Señor; fué esto en tanto grado, que los que más le trataban solían decir: que bastaba poner el Hermano Juan López las manos en cualquier obra para que saliese acertada; porque allí parece que ponía Dios las suyas, con su particular favor y ayuda. Y esto también se le notaba al Hermano, que las obras en que entendía, aunque eran grandes, andaban tan bien, sobrada de gente y avío y dineros para el gasto, y que él los gobernaba con tanta prudencia, se echaba de ver que Dios favorecía los santos intentos con que este siervo suyo trabajaba. Porque en breve tiempo dispuso la fábrica de dos grandes obras y acabó dos templos en esta Provincia. La una del Colegio de México y el otro en la ciudad de los Ángeles, entre ambos de los más suntuosos, vistosos y fuertes que hay en la Nueva España. Y aunque en todas virtudes resplandecía este siervo de Dios, la que en él más lucía haciendo estas obras, era la humildad, porque siendo tan gran maestro no se contentaba con trazar, disponer y repartir á los oficiales lo que habían de hacer, sino que con la misma presteza acudía á trabajar con sus manos para tirar las sogas, para subir los materiales y para disponer la argamasa y otras cosas propias de los mismos indios más bajos y viles, sin habérsele notado ver alguna que se mostrase cansado ó que estuviese ocioso jamás.

No menos mostró su humildad en que sabiendo perfectamente latín y otras facultades mayores, no se le oyó jamás hablar una palabra tocante á estas materias, sino con mucha modestia decía: «á nosotros los Hermanos Coadjutores nos dió Dios Nuestro Señor la suerte de Marta, y debemos estar contentos y agradecidos á su Majestad por ella.» La misma virtud de humildad mostraba en haber sido de un ánimo rendido y obediente en grado heroico á las constituciones, reglas y ordenaciones generales y particulares de nuestra Compañía, sin haber hecho réplica ni proposición á cosa que se le mandase, sino que con igual prontitud acudía á todo lo que se ofrecía por humilde y despreciado que fuese, y aderezar y deshacer lo que con mucho cuidado y gusto había comenzado, cuando así se lo ordenaba cualquier superior que fuese. Y aunque esto fuera virtud en aquel que no fuera diestro